

SERMON 1.^o

DEL

SANTÍSIMO SACRAMENTO.

Et vidi..... agnum stantem tanquam occisum.

Y ví un Cordero en pié así como muerto.

Apoc. c. V, v. 6.

Venerable clero, ilustre y fervorosa hermandad: Que Dios con una palabra haga todas las cosas (1); que ante su presencia se postren los príncipes y potentados de la tierra, y que criatura alguna pueda jamás resistir á su voluntad airada (2); que haga ostentacion brillante de su gloria y de su poder; que de sus manos esté pendiente la máquina del universo; que sea grande y solo y esencialmente grande (3); que se pasee por la altura de los cielos; que se levante sobre todos los serafines, y poniendo el pié sobre sus cabezas mire desde allí las obras todas de sus manos;

(1) Ipse dixit et facta sunt. Psal. XXXII, v. 9.

(2) Deus, cujus iræ nemo potest resistere, et sub quo curvantur qui portant orbem. Job. cap. IX, v. 13.

(3) Magnus Dominus et laudabilis nimis: magnitudinis ejus non est finis. Psal. CXLIV, v. 3.

que en su presencia las inteligencias supremas cubran sus rostros, es un espectáculo muy digno de su incomprendible grandeza, es una exaltacion debida á su divinidad, y un tributo que el orbe justísimamente paga en reconocimiento de su infinita bondad y magnificencia; pero que este mismo Dios, desentendiéndose del aparato de su grandeza infinita, se abata hasta el extremo de encerrarse bajo las especies de pan y vino para prolongar en nuestros altares una vida de sacrificios y constituirse nuestro alimento de vida eterna, hé aquí, mis amados hermanos, el misterio mas pasmoso que han escuchado todos los siglos, y el que yo descubro maravillosamente espresado en las palabras con que he abierto el discurso *Vidi Agnum.....* Que este misterioso Cordero, al cual vió con admiracion en su éxtasis el Evangelista amado, sea Jesucristo por la pureza de su vida, por su mansedumbre al espirar y por la expiacion del pecado realizada con su muerte, lo establece como indudable el angélico Santo Tomás; mas cómo hayamos de entender aquellas otras palabras *tanquam occisum*, como muerto, pertenece á la religion el esplicarlo. Ea, pues, religion adorable, religion santa, condúcenos al Cenáculo de Jerusalem, descórrenos el velo sagrado que oculta á nuestros ojos estos misterios inefables, habla, infórmanos. Mortales, oid; la religion nos responde. ¿Veis aquel dulce Redentor que sentado á la mesa con sus discípulos, embriagado de amor y respirando finezas, toma el pan y vino en sus sacrosantas manos y los convierte en su cuerpo y sangre? ¿Veis cómo realiza un sacrificio incruento á diferencia del que consumó sobre el árbol de la cruz con la efusion de su preciosa sangre? Pues ved

ya declarada la tierna alegoría del Cordero como muerto. Sí; él es figura del Sacramento augusto de nuestros altares, sobre los cuales no muere la víctima sagrada, real y efectivamente, sino de un modo místico y espiritual, por cuya razón no se deja ver el Cordero misterioso exánime y sin vida, y sí tan solo con apariencias de muerto: *Vide Agnum stantem tamquam occisum.*

Observemos, pues, para mayor inteligencia las circunstancias notables que distinguen el sacrificio de Jesús Sacramentado humillando su grandeza en la Eucaristía, del sacrificio del Calvario. En este se honra al Eterno Padre; mas para honrarle concurre un Deicidio; se ofrece Jesucristo, pero con dolores inefables; se reconcilian los hombres con su Dios, mas este no se les comunica. En la Eucaristía se honra al Padre sin ofensa, se sacrifica al Redentor sin dolores, los hombres se reconcilian con Dios, y éste se les comunica. Queda manifestado el plan sobre que ha de girar el discurso. Para el mejor acierto imploremos los auxilios oportunos. Doblemos la rodilla ante el Sér Inmenso é inclinémole á nuestro favor, valiéndonos de la intercesion de la Santísima Virgen, á la que saludaremos con las palabras del ángel: *Ave María.*

PRIMERA PARTE.

El sacrificio fué instituido en reconocimiento á la soberanía de Dios sobre todas las criaturas y para adorarle. Que esta divina perfeccion no fuese acatada y honrada en el Calvario es constante, pues es bien sabido que la intencion de la sinagoga fué el insultar á la Divinidad misma. Fué instituido el sa-

crificio para aplacar la justicia del Escelso, frecuentemente irritada por los pecados de los pueblos. ¿Y qué, muriendo Jesucristo sobre la dolorosa cima del Calvario, no resultan los hombres culpables sobremanera? Luego sobre la cruz fué ultrajado el Padre en el acto mismo en que se satisfacía, y si le resultó honor, para honrarlo concurrió un Deicidio. Volved ahora vuestros entendimientos ilustrados á nuestros sacrosantos altares, y en aquella hostia sagrada vereis realizado un sacrificio, que representando al de la cruz, honra al Padre sin ofensa, porque no es el odio, el sacerdote que estiende sus manos sobre la víctima, es sí el santo y divino amor. Aquí todo es puro, todo inmaculado, todo divino: oblation pura la llama Malaquías (1), y con mayor espresion el santo Isaias, convite de una viña purificada (2). Esta es sin duda aquella oblation del Justo que fecundiza el soberano altar, aquel olor de suavidad que llega por mano de los ángeles hasta el reclinatorio mismo del Altísimo.

Yo leo, señores, en el sagrado libro de los Cantares, que temia la Esposa entrar en el huerto de su amado, representándose en su imaginacion todo lleno de espinas y de abrojos. Pero el espresivo esposo al notar su reparo, le habla con dulzura de este modo. «Ven sin temor, esposa mia, entra con franqueza y libertad, nada haya que detenga tus pasos, porque has de saber que pasó ya la dura y rigurosa estacion del invierno; ni el hielo, ni la escarcha abrumará las her-

(1) Et in omni loco sacrificatur, et offertur nomini meo oblatio munda. Malach. cap. 1, v. 11.

(2) Et facies Dominus axercituum omnibus populis in monte hoc convivium pinguium, convivium vindemiæ, pinguium, medullatorum, vindemiæ defecata. Isaias cap. XXV, v. 6.

mosas flores que aquí verás.» Esto es como si dijera, según los sagrados intérpretes: acércate, alma muy amada, que ahora no te causarán horror las heridas, la sangre vertida ni las llagas, pues tan solo encontrarás las delicias del mas fino amor.

¡Oh cimas sagradas del Calvario bañadas abundantemente con la preciosa sangre de un Dios hombre! Yo os adoro como á altar santo sobre cuyas aras se manifestó inmolado el Cordero de paz: vosotras sois el lugar señalado por el Omnipotente en el que se consumó el sacrificio, se borró el pecado; sobre vuestra elevada cumbre y colocado en un leño afrentoso reinó el Señor dominador, *regnavit á ligno*: á los piés de su patíbulo quedó la muerte prisionera y el diablo quedó confundido, según lo habia profetizado Habacub (1): así es, señores, y nosotros iluminados por la brillante antorcha de la fé lo confesamos. Un rayo de luz soberana salta á mis ojos, que al sacrificio sangriento del Calvario me hace preferir el incruento de nuestros Tabernáculos, porque en este se ofrece la misma víctima que se ofreció en el Gólgota; mas no concurre el mismo sacrilego Deicidio. En este se trata la misma reconciliacion, mas no con el mismo atentado de barbárie; aquí el mismo Dios es satisfecho; pero sin ser provocada su justa cólera. En una palabra, aquí el Eterno Padre es honrado, sin concurrir ofensa ni agravio por parte del atrevido mortal. Así es como yo entiendo ahora de algun modo la dulce alegoría del Cordero muerto tan solo en la apariencia. *Vidi agnum stantem tamquam occisum.*

(1) Ante faciem ejus ibit mors, et egredietur diabolus ante pedes ejus. Habac. cap. III, v. 5.

SEGUNDA PARTE.

Dijimos que la segunda diferencia entre el sacrificio de la cruz y el de la Eucaristía consistia en que Jesucristo se ofreció en el primero con dolores, y sin ellos en el segundo. Es cierto que la muerte ó destruccion de la víctima no es en todo sacrificio la condicion mas noble; no deja con todo de ser la parte mas sensible que lo caracteriza; así es que si la víctima que se consagra en sacrificio no muere á impulso de fuego ó hierro, no se considera propiamente inmolada. Necesario es, pues, para que el sacrificio eucarístico sea un verdadero sacrificio, se efectúe en algun modo la destruccion de la víctima, y que no temos de qué modo el amor hace morir en él á Jesucristo. Este pasmoso milagro se efectúa ya místicamente, separándose todos los dias su cuerpo y sangre preciosa en virtud de aquellas palabras divinas. «Este es mi cuerpo, esta es mi sangre;» ya reduciéndose Jesucristo en el Sacramento á un estado poco menos que el de muerte, no dejando en su libertad alguna de las funciones de cada una de las partes de su sacrosanto cuerpo; y ved aquí los diferentes modos con que es ofrecida la víctima divina sobre nuestros altares. Así es como nuestro adorable Redentor renueva cada dia su muerte en este sacrificio de amor. Se separan el cuerpo y la sangre; él queda privado de movimiento, y tambien deja de ser al corromperse las especies. Así es que, dice San Agustin, el que sola una vez fué inmolado en la sangrienta cima del Calvario, lo es diariamente en el augusto Sacramento.

Empero al contemplar el sacrificio incruento del

altar, no busqueis con avidez los verdugos que atormentan á Jesus, los clavos ni las espinas. No: aquí solo se descubren cándidos accidentes, sacerdotes respetables que le adoran, y una vida gloriosa que le hermosea. Ofrécese pues en este Sacramento un sacrificio, no sintiendo sobre sí el duro golpe de la espada, y ved aquí la diferencia entre el sacrificio eucarístico y el del Calvario, y para hacerla mas sensible, traigamos á la memoria dos sacrificios de que nos habla la Escritura, que son los del inocente Abel y de Isaac. Guiado el perverso Cain de un furor envidioso hácia su hermano Abel, resuelve en su corazón concluir con su existencia; le lleva engañado á la campiña, y hallándose solo con él le dá la muerte. Sale el fidelísimo Abraham para dar cumplimiento á las órdenes de Dios con su querido hijo Isaac, le conduce al monte y allí le declara la voluntad del Señor, de que debe morir sacrificado; se somete gustoso, y acomoda la leña para quemar despues la víctima: ya el obediente jóven está dispuesto para recibir el golpe; empero al levantar Abraham el brazo, un ángel le detiene y le dice: «No sacrificues á tu hijo, pues que ya se aceptó el sacrificio sin la inmolacion de la víctima.» ¿Habeis, notado, señores, la diferencia entre ambos sacrificios? El de Cain porque era un sacrificio de odio, fue sangriento y con dolor. El de Abraham porque fué un sacrificio de amor, no contaminó el altar con la sangre. Imágen espresiva del sacrificio que Jesus renueva en la Eucaristía, el cual siendo sacrificio de amor, se consuma sin la efusion de sangre, sin tormentos ni dolor, y sin aquellos tristes aparatos que presentan en el Calvario un teatro de dolores.

¿Y no nos detendremos á considerar agradecidos

el tierno, el infinito amor de Jesucristo en esta obra prodigiosa? ¡Ah! Yo diria que quiso prevenir el sacrificio del Calvario con el del altar, empezando en el Cenáculo aquella obra que la vehemencia del dolor consumó despues en el monte de la mirra. Diria que antes de caer el Señor en manos de sus verdugos murió en cierto modo en el eucarístico Sacramento. Ea, pues, ministros sagrados, todos los que tenemos la dicha de pertenecer á la sagrada tribu, acerquémonos con confianza al trono de la gracia, no para insultarle de nuevo con nuestros pecados, sino con la mayor compostura y devocion, con el objeto de conseguir de este manso y purísimo Cordero mercedes y auxilios oportunos (1). Y mientras tanto los hombres carnales le ofenden continuamente, ora con sus irreverencias en los templos y ante su augusta presencia, ora con sus blasfemias y vida escandalosa, penetremos nosotros con nuestra fé y adoremos con espíritu de compuncion los arcanos que allí se obran, á fin de obligar al Señor con nuestras oraciones á que lave con su sangre preciosa á tantos ingratos redimidos. Empero no nos detengamos y observemos cómo en el sacrificio del Calvario aunque los hombres quedaron reconciliados con Dios, no se les comunicó, á diferencia del eucarístico en el que se verifican las dos cosas.

TERCERA PARTE.

Siendo así que en uno y otro sacrificio quedaron los hombres reconciliados con el Escelso, podemos decir considerando á Jesucristo, ya en la cruz, ya en

(1) *Adeamus cum fiducia ad thronum gratiæ: ut misericordiam consequamur, et gratiam inveniamus in auxilio opportuno. Ad. Heb. capitulo IV. v. 16.*

el Sacramento, *Deus erat in Christo mundum reconcilians sibi* (1), aplicacion oportuna del P. San Bernardo, el cual afirma que actualmente recibe el Padre á su Unigénito como víctima de reconciliacion sobre el altar santo, así como lo recibió sobre el Calvario. Empero distingamos una reconciliacion de otra. Si bien, señores, la pasion de Jesucristo nuestro Señor fué un esfuerzo del corazon amabilísimo del Eterno, no fué efecto tan solo del divino amor y sí mas bien de su infinita misericordia, como se espresa San Agustin: no fué efecto del amor divino tan solamente, porque siendo el objeto de la pasion del Salvador redimir al hombre pecador, éste no podia ser amado de Dios cuando él aborrece con el pecado el pecador, y sí de la misericordia, de la cual es propio el inclinarse para levantar al caido, absolverlo de sus debilidades y darle de nuevo la posesion de los bienes perdidos. De distinto modo hemos de discurrir del sacrificio del altar; aquí todo es efecto del amor divino, porque en él no se supone al alma en desgracia de Dios, sino justificada y constituida hija adoptiva suya; no remite la culpa, aumenta sí la gracia santificante; no es Sacramento de muertos sino de vivos. Mas claro, para que todos me entiendan. En la cruz triunfó el amor juntamente con la justicia, ó hablando con propiedad, el amor sirvió á la justicia: pero en el Sacramento triunfa solo el amor, todo sirve al amor, y porque el amor quede satisfecho, emplea Dios todo su poder, su sabiduría, inmensidad y providencia. De aquí que digo bien cuando afirmo que aun cuando en el sacrificio sangriento quedaron los

(1) D. Paul. II ad Cor. cap. V. v. 18.

hombres reconciliados con su Dios, no entraron con todo en íntimas relaciones de union, á diferencia del incruento en el que reconciliados con Dios, éste se les comunica. ¡Oh dignacion admirable! ¡Oh caridad inmensa tan poco conocida de los hombres! Aquel Dios que si bien por su bondad esencial, esencialmente se comunica, y difusivo de sí mismo en la Trinidad adorable, como si para algo necesitara de nuestra debilidad y miseria, humilla su soberanía y magestad en la sagrada mesa y hácese una misma cosa con nosotros. ¿Qué haceis, oh Dios de amor y de bondad infinita? Dijisteis hablando con la Cananea que no era justo dar á los perros el pan de los hijos queridos (1): ¿cómo pues nos elevas ahora y nos engrandeces tan extraordinariamente, dándoos Vos mismo en ese pan de ángeles, para por este medio llegar hasta nuestros pechos, hasta nuestro corazon? Sí, señores, Jesucristo todo lo ha vencido para comunicarse á nosotros en la Eucaristia, y de hecho se nos comunica, uniéndose íntimamente á nosotros.

¿Y quién podrá resistir las finezas de un Dios que se dá á sí mismo en alimento? ¿Dónde se ha visto que nadie rehuse los extremos del amor? ¡Considerad, pues, cristianos, cuanto ha hecho Jesucristo por nosotros! si quisiera darle á su Eterno Padre una prueba de lo que le ama, no pudiera darle otra mayor ó que escudiese á la que nos ha dado á nosotros en la Eucaristia. Cuán grande será su enojo contra los malos cristianos que le insultan y desprecian no acercándose jamás ni á recibirle en sus pechos ni á adorarle ante sus Tabernáculos. ¡Pero qué he dicho! ¡Ah! Atravesamos por

(1) Non est bonum sumere panem filiorum, et mittere canibus Math., cap. XV, v. 26.

desgracia unos tiempos en que vemos aumentarse los vicios y aminorarse la virtud. Era rarísimo cuando en los pasados siglos se oía que habían sido violentadas las puertas de un templo, y que la ambición y la codicia había arrastrado á los hombres á abrir con sacrílegas manos los santos sagrarios para apoderarse de los vasos sagrados, arrojando sobre el suelo el sacrosanto cuerpo de Jesucristo. ¡Ah! Estremece seguramente el pensarlo. ¿No vivimos ya en la católica España? ¿hemos acaso renunciado de nuestra fé? En otros siglos, sin duda mucho mas felices que éste, no obstante apellidarse siglo de las luces, cuando un sacrilego cometia tan horrendo crimen, todos los fieles se horrorizaban y pedian el castigo para el malvado, se celebraban grandes y extraordinarias fiestas de desagravios, y el criminal dejaba de existir bajo el hacha del verdugo. Hoy (1), hermanos míos, se estan repitiendo diariamente estos excesos; no hay día en que no se anuncien por los periódicos nuevos saqueos de Iglesias, nuevas profanaciones y sacrilegios, y ni los pueblos se estremecen ni caen los criminales en manos de la justicia. Sin salir de esta provincia de Madrid, hablen las parroquiales de Griñon, Parla, Morata, Chinchon, Chamartin y otras varias, reducidas á la mayor miseria, sin los ornamentos y vasos sagrados necesarios para el culto divino, por el saqueo que en pocos días acaban de sufrir. Empero es necesario que se recoja el fruto de la semilla que hace años viene sembrándose entre la juventud española...

Apartemos nuestra vista de tantas maldades, y cerremos nuestros oídos para no escuchar tantas blas-

(1) Año de 1856.

femias con las que se insulta continuamente á Jesus Sacramentado. En medio de tanta desdicha, á través de las heridas que se abren en los corazones católicos al ver tanta impiedad, un bálsamo de consuelo viene á cicatrizarlas, porque vemos establecidas por todos los pueblos estas hermandades sacramentales que no tienen otro objeto que el dar culto continuo al Señor Sacramentado y el acompañarle en sus salidas y procesiones. ¡Qué consuelo para mi alma! Al modo que los sesenta valientes de los mas fuertes de Israel rodean el lecho de Salomon (1), vosotros, fuertes en la fé, velais el lecho florido del Salomon divino, adorándole y desagraviándole de los muchos agravios que recibe por parte de los impíos; y mientras los infelices dormidos en la culpa se emplean en entonar los impuros cantares de Babilonia, haceis resonar bajo las bóvedas de los santos templos los puros y hermosos cánticos religiosos que llegan hasta el Señor en olor de santidad.

Ya habeis visto en el discurso que Jesucristo, Cordero inmaculado de paz, renueva en la Eucaristía un sacrificio que en sus primeras condiciones es semejante al de la cruz, aunque no en las segundas, porque en él es honrado su Padre, pero sin ofensa, es sacrificado el Hijo sin dolores, y reconciliados y unidos por medio de la divinidad los tristes hijos de Adán. Ved, pues, esplicada la tierna alegoría del Cordero que vimos con el Evangelista, muerto tan solo en la apariencia: *Vidi agnum... stantem tamquam occisum.*

No olvideis, pues, tanta bondad, tanto y tan extraordinario amor como el Señor nos profesa, y

(1) En lectulum Salomonis sexaginta fortes ambiunt ex fortissimis Israel. Cant. cap. III, v. 7.

correspondamos á él con nuestra fé y buenas obras. Bendita y ensalzada sea por eternidades vuestra misericordia ¡oh Dios de amor! y las criaturas todas no cesen de engrandecer vuestras piedades. Bendecid continuamente al Señor todos los que os gloriais de ser sus siervos, *ecce nunc benedicite Dominum omnes servi Domini*. Vosotros que velais en su santa casa y en los átrios de sus templos para dirigirle vuestras oraciones, *qui statis in domo Domini in atriiis domus Dei nostri*. Elevad tanto de dia como en el silencio de la noche vuestras manos hácia el Santo de los Santos, para que apiadado con vuestras repetidas súplicas perdone nuestros delitos é ingraticudes, y agradecidos le colmamos de bendiciones; *in noctibus extolite manus vestras in sancta et benedicite Dominum*. Y en premio de vuestra fé y santo celo por su gloria, bendígaos el Señor, Dios de Sion, Hacedor de los cielos y de la tierra: *Benedicat vos Dominus ex Sion qui fecit cœlum et terram*. Amen.

SERMON 2.º

DEL

SANTÍSIMO SACRAMENTO.

HOMILIA

SOBRE EL SALMO XXII DE DAVID.

Dominus regit me, et nihil mihi deerit.

El Señor me gobierna y nada me fallará.

Salmo XXII, v. 1.

Quando observo, real Congregacion, la grandeza y esplendor que hoy brilla en este santo templo; quando veo á los ministros del Dios de las misericordias ofrecer olorosos timiamas, para que suban al Cielo en olor de suavidad; quando, en suma, os miro á vosotros reunidos con la mayor compostura y devocion bajo las bóvedas de este lugar santo, quisiera preguntaros: ¿Qué causa puede haber tan grande, tan extraordinaria y sublime que así conmueva al pueblo cristiano y le haga correr presuroso en alas de la mas acendrada devocion hasta tocar las gradas del altar magníficamente adornado? ¿Celebrais por ventura en este dia